

# EL VESTIDO DE MI ABUELA

Antonia Paz Lagos Novoa



12 años

La Florida

**Primer lugar regional**

Ilustración: Karina Cocq

**E**ra 18 de septiembre en la mañana y yo me levanté muy temprano para ir a las fondas del Estadio Nacional con mis amigas. Estaba emocionada, porque era la primera vez que iríamos juntas. Estaba saliendo de la casa cuando mi abuelita que vive con nosotros me gritó y me dijo:

—¿Adónde vas, jovencita?

—A las fondas del Nacional, Yeya. Le dije ayer ¿no lo recuerda? —le contesté frenando en seco.

—¿Va a una fonda así? No, no, no —dijo señalando mis ropajes que eran unos *jeans* con una polera de Condorito que decía “Viva Chile” —. Usted no se va *pa' niún* lado con esa ropa. Venga *m'hija*.

Me tomó y me llevó a su pieza. Al llegar abrió su closet y sacó un antiguo, pero hermoso vestido rojo con flores amarillas, tan chileno como los porotos. Sonrió y dijo:

—¡Póngase este vestido!

—Pero, Yeya. Es una fonda del siglo XXI —dije riendo, pero ella bien terca me replicó malhumorada:

—A ver, *m' hija*. ¡Usted y sus niñerías de este tiempo no me ganarán! —colgó el vestido en la puerta del closet, se aclaró la garganta y se sentó en la cama: este vestido es muy especial, ¿sabe? Yo siempre iba a la ramada del Club de Huasos de mi pueblo... San Carlos, usted lo conoce. Yo era la reina de la cueca, siempre bailaba con lolos muy guapos. Ese 18 en que tenía su misma edad, trece años, fui con un hermoso vestido azul. Al llegar allá, me encontré con mis amigas y esperamos que empezaran los bailes. De pronto, se me acercó Miguel, un compañero de escuela con el que nunca había hablado y me empezó a hablar. Yo le seguí el juego y terminamos jugando rayuela y tomando un rico mote con huesillos juntos. Cuando comenzaron a sonar las cuecas, Miguel me miró para que bailáramos, pero otro joven al que nunca habíamos visto, alto, de vistosos ojos azules y pelo castaño, me sacó a bailar. Y yo como nunca rechazo una cueca...acepté, ja, ja, ja. Bailamos una buena cueca. Él era muy buen bailarín y por un momento me sentí atraída por él. Al terminar, todos nos aplaudieron, pero Miguel... sí, *m' hija*: tu tata Miguel... le gritó al muchacho:

—*Usté* no me engaña, *usté* es el *colúo*...¡El diablo! ¡*Usté* es el diablo!

—¿Cómo demuestra usted que yo soy el diablo?

—Porque le vi la cola —gritó aún más fuerte su tata.

El muchacho sonrió y dejó ver una larga y sádica cola, y unos cachos largos y encorvados desde su cabeza. Todos gritamos menos su futuro tata que le dijo:

—Váyase a molestar a otro lado, *colúo*, que aquí no queremos leseras.

—Me iré, pero antes —se dio vuelta y me habló—. Como eres tan buena *pa'* la cueca te dejaré este vestido que te protegerá de mis maldades.

Chasqueó los dedos y mi vestido azul se volvió rojo y con flores amarillas, y el diablo desapareció al instante.

—¿De verdad, Yeya? —le pregunté.

—*Síp*, y si no me cree pregúntele a su tata —me dijo ella.

Tomé el vestido y me lo puse:

—¿Cómo me veo? —pregunté. Y mi Yeya me dijo:

—Muy guapa *m'* hija. Ahora vaya a la fonda, baile cueca y demuestre que es nieta de su abuela.

—¡¡¡¡SÍ, YEYAAA!!! —grité y le di un beso. Y luego, me fui a las fondas orgullosa con mi vestido rojo con flores amarillas.